

derrotero. ¡Cuántas veces las seguí en sus ascensos, no obstante estar de antemano prevenido para el descenso!

Una mañana riente de primavera me dijo Anita: Era más hermosa aquella vida: no por virtud, por conveniencia solamente he de volver a ella; ya hubiese vuelto, pero me lo impide algo... vamos, no lo entiendo... no lo entiendo...

Y un espléndido día de verano, me decía Saturnino: ¿Sabes por qué me agrada la comisión esta? porque el día menos pensado nos dan los indios una de padre y muy señor mío. Las piedras y troncos atravesados con frecuencia en la vía, hablan de eso... ya verás. A mí, por supuesto, me seduce pensar en ello.

Y en otra ocasión me decía Anita: ¿Volver con él? no; los hombres cogidos en las garras del Territorio ¡se vuelven tan distintos! De volver con Sátor, creería entregarme a cualquier otro, y, para el caso de serle infiel, tanto dan estos o aquellos.

Como en cierta noche de plata me dijo Saturnino: Tengo resuelto mi plan: cumplo dentro de un mes y días. Me la llevo a la fuerza y allá, en México, en nuestra casita resolverá si me quiere o no. ¡Me

quiso? pues mando tapiar la puerta por donde entramos y como si no hubiera existido el Territorio. ¿No me quiso? pues abro la puerta por donde entramos... y Dios la lleve con bien.

¡Flujo y reflujo de aquellas almas, que, siendo malas o buenas, nunca supieron darse cuenta del por qué!

Relativamente, y dadas las circunstancias, hacíamos un viaje feliz: llevábamos recorridos, en diez horas, cerca de cuarenta kilómetros. Esto parecerá extraño a muchos; no a cuantos tal vía conocen. ¡Oh, el ferrocarril de Santa Cruz a Vigía Chico! Modorra deslizábase la máquina, cuando se detiene de pronto: había notado el maquinista un obstáculo en los rieles y la tierra del terraplén estaba removida. Dispuso la casualidad que no fuera él quien bajase a cerciorarse, sino un ayudante, y no bien había puesto pie a tierra, una descarga cerrada saludó al convoy en toda su extensión.

¡Adelante!—dijo alguien—y seguimos en medio de no interrumpidas detonaciones. Los indios, machete en mano, brotaban de las malezas y nos seguían de cerca.

La infeliz locomotora, hala que hala, parecía decirnos "no pidáis más... sobre serpertinas y no rieles me veo obligada a caminar." En los momentos de peligro cada minuto es una eternidad... ¡pensad en los dos kilómetros atravesados en medio del fuego enemigo! Una sola voz vibrante, atronadora nos envolvía: "A quincé a quínés máquina... ¡a quínés, a quínés! No sé cómo se escriba esto, ni estoy seguro siquiera de si así lo pronunciaron, pero más tarde me dijo alguien que decían los indios al parecer: A matar, a matar la máquina, a matarla."

A eso debimos nuestra salvación.

De haber sido dirigidos a nosotros los tiros, no habríamos por cierto de contar lo ahora.

De la escolta encargada de la defensa, unos a la primera descarga arrojaron las armas al enemigo internándose en el monte; los otros, heridos, permanecieron en el convoy sin dejar de hacer fuego; era nuestra sola defensa alejarnos lo más rápido posible. ¡Adelante! ¡adelante!

—Falta el agua, fusílenme—decía el maquinista—; pero no puedo seguir.

El tanque arrojaba el agua en todas direcciones.

A la máquina iban dirigidas las descargas; a la caseta del maquinista, a las bielas, chimenea, y por último, al tubo de distribución del vapor... Entonces sí fué imposible seguir. Fatigada, respirando apenas, se movía la máquina con ansias de monstruo herido. "No puedo más... no puedo más..."—parecía decirnos.

A menos de doscientos metros se hallaba el enemigo y se divertían en torturar a dos de los nuestros, caídos en su poder. Claramente ví levantarse enérgicamente un brazo y ví asimismo brillar los machetes que descendían sin fuerza, con desesperante crueldad... El brazo debió quedar hendido. Al doblar la curva, puede ver aún cómo turturaban a los infelices. Luego, detonaciones a lo lejos, y los indios se dispersaron en todas direcciones perdiéndose en el monte.

Apreciamos su dispositivo de combate. Eran tres secciones, y de ellas, los mejores tiradores ocuparon las trincheras y una vez efectuada la descarga, los de armas defectuosas lanzáronse machete en mano, dejando a los otros sostener el fuego; otra recogía de seguro las armas y así se explica que el destacamento de la Central

Y como antes de tres horas había cobrado Fortunato sus diez pesos, a las tres horas escasas, más que escaso, ya corrido, me decía:

—Guardas estos nueve pesos para aquello... ¡la fuga! ¡Malajo si no te llevo por buen rumbo y hasta Chiapas! Tres pesos en pan y sardinas. No hay necesidad de más. Esta noche... ¿quieres?

Y se me reía en las barbas al advertirle del peligro de perdernos en el monte; ser castigados como desertores en campaña; topar con un destacamento, con los indios...

De no pintar a la fe ciega, debieron de haberle puesto los ojos de Chamula. ¡Cómo relampagueaban confianza al hablar de libertad! Apretando los puños, los blandía en el aire, fija la vista en el monte, cual si fuera a derribar los árboles a puñetazos... Después, llenos de lágrimas sus ojos, me abrazaba señalando con su manaza un punto del bosque: "Por allá... verás... por allá."

Como no sin razón se dice: "Cuando el pobre tiene medio para carne, es vigilia," Sóstenes, revenque en ristre, nos gritó en ese momento:

—¡Hijos de...! ¿Es aquí onde trabajan?

¿Sobre cuál de los dos descargaría su golpe? ¿Sobre él? ¿Sobre de mí?

Sólo un ruego sabe ablandar corazones de capataces: y sin pensarlo mucho, lo puse en práctica: hice cantar en mi bolsillo los nueve pesos. El zurriago, ya en alto y sin duda conmovido por la armonía, entre mis espaldas o las de Fortunato... prefirió acomodarse tranquilamente bajo el brazo de Sóstenes.

Cierto: el camino más corto para ir al trabajo, era hacia la derecha; pero torcimos a la izquierda y nos entramos en la taberna de Selim. Estos turcos lo entienden: ¿no hemos venido a *reventar*? Pues nos revientan con sus alcoholes, a trueque de reventar ellos de ricos. ¡Tanto da!

Después de unos vasos de caña, hube de sentir tan cargada la cabeza como ligero el bolsillo. Sóstenes nos concedió la gracia del día y no trabajamos más. ¡Oh, cómo duele arrancar las piedras, achicharrados por el sol!

* *

—¿En qué piensas, Chamula?

—En desertarme. ¿Hay imbéciles capa-

ces de no estar pensando en lo mismo a toda hora? ¡Esta noche!

—Mañana será, Chamula.

Por toda respuesta, enclavijó las manos extendiendo sus brazos sobre la mesa, fija la vista en el guano, aunque a decir verdad, otra cosa miraban sus ojos, en tanto se entregaba a deleitosa plática con su pensamiento. Su faz tostada por el sol bañóse de alegría. ¡La misma expresión! La sorprendida en tantas otras veces. La que daba a su cabeza el aire de la de un inspirado, modelada en arcilla por una mano torpe.

—Y si no—dijo de pronto—, ¿qué arriesgas en la partida? Te faltan tres o nueve meses para concluir tu enganche. Si te quedas, antes del plazo petateas de paludismo. Si vives y te dan la baja, te verás como esos: ¡bagazo!

Y señalaba un grupo de “cumplidos” que blasfemaban y bebían.

—Quedarás así: en calidad de estropajo. ¡Si conocieras Tapachula! ¿Cuánto nos queda?

—Siete pesos y centavos.

—Es suficiente; pedimos otras dos cañas, y ni un centavo más.

Todas sus borracheras eran iguales: no

ya podía Samuel escoger el lote más de su gusto en San Isidro: es decir, en el panteón.

Concluido que hubo Samuel de recordar, me preguntó con acento de filósofo:—Será posible emprenderla de hombre honrado cuando salga de aquí?

Y le irritaban mis preguntas sobre quiénes habían sido sus padres; cuáles sus hábitos, sus ocupaciones; si con anterioridad había sentido secreta atracción por el bien del prójimo.

En este punto la plática, una solemne maldición de Samuel me hizo volver la vista hacia un lugar por él señalado. Natividad y la China, venían a nosotros. ¿Pero hase visto al muy bestia? ¿resignarse a vivir con tan mala pécora, peor que la peor de las soldaderas? ¿viviría a expensas de ella? De ella, vestida de sedas que, si con algún sudor se compraban, no era con el de la frente por más señas.

—Me lo llevo, silbó la China con voz gangosa; en lugar del “Cuatro” pueden llamarse, si les peta, “El tres de bastos.”

Y felicitamos a Natividad por el *ayuntamiento*, deseándole prosperidad y sucesión.

¡El muy cochino iba a apechugar con todo! no había más: conformarse, ¡qué demonio!

Allá por entre la maleza, destacábanse sarmentosas y golpeando al aire la manazas de Felipe. Apenas se halló a tiro:—¿Han visto ustedes?—preguntó.

—Déjales y buen viaje, respondimos.

Allí fué el recordar los defectos de Natividad; no comprendíamos cómo se le dió entrada en el grupo.—Y luego ¿de dónde saca dinero la China? Allá ellos, tal para cual, porque es bien sabido lo de la yunta del tío Prado... Dios los cría y ellos se juntan.

Sin embargo, por dos días casi no hablamos, y de hacerlo era para demostrar nos que no era por el sentimiento de su separación, sino por el chasco sufrido.

Pocos días después andaba con camiseta de crepé, buen calzado; trabó amistad con el capataz y fué candidato para serlo.

Era de ver cómo nos saludaba mientras departía con Sóstenes, y ya se sabe: sin dejar de batir chocolate... un saludo así, como escupido; eso él, pues Jacoba, ni el saludo.

Y empezó nuestro calvario.

Si la tarea no está buena.... y palos.

Si llegamos tarde a lista... y palos.

Por quitame estas pajas, palos y más palos.

Evidentemente aquel daño nos venía de Natividad ¿por qué? Habíamos de saberlo; con ese y no otro fin, nos colamos en el jacal de la China, hecho por uno de los primeros soldados que la tuvieron. Al vernos púsose demudada, descompuesta toda ella, y escondió con violencia un cajoncito y el trabajo en el cual la sorprendimos... ¡oh, si entonces lo hubiéramos sospechado!

—¿Qué demonios quieren? Ni es ésta la cuadra, ni el corral de las mulas.

—No grites, Joba, replicó Felipe; venimos a decirte esto: advierte a Natividad que por la piedra se saca la mano; el "Tres" se porta hoy como el "Cuatro" en otros días; y las cuentas del Ratón, las paga cualquiera de nosotros; que ya se nos agota la paciencia... y nos vamos, quédate en paz, no se trata de sonsacar tu virtud.

Y salimos en medio de una tempestad de desvergüenzas que desde su asiento vomitaba contra nosotros.

En aquellos días hicieron una de tantas los indios, habiéndose apoderado de los víveres destinados a los destacamentos; mataron a dos de la escolta e hirieron a tres. Al asno muerto, la cebada al rabo... y allí fué el tomar providencias inusitadas. Debíamos abrir la brecha; reforzar los auxilios; se mandó proceder en contra del capitán que mandaba la escolta, pues al decir de los soldados sobrevivientes, inmediatamente sonó la primera descarga, se internó en el monte a distancia respetable, pero muy respetable, para presenciar desde allí el combate... "Los grandes Generales,—decía en su confesión con cargos,—más hicieron dirigiendo las batallas, que tomando parte en ellas."

A la brecha todos.

Al trabajo y sin víveres... al matadero, donde sólo de seis en seis días se nos remitían semillas de la peor clase y unas res en pie, la que, por obra y gracia en la forma de conducirla, llegaba transparente de puro flaca.

Sacrificada ese día, devorábamos con

insólita fruición carne fresca, salando el resto para comer los cinco días siguientes.

Iban en la cuadrilla la China y Natividad.

Natividad era ya Capataz.

*
*
*

Un monte cubierto de maleza a tal extremo, que hacía imposible el tránsito. Raíces y bejucos entrelazábanse en forma caprichosa. Allá de trecho en trecho, algún árbol corpulento, una caoba, un ciricote, un chico zapote, interrumpían la monotonía de la maleza; aquel breñal donde la palma disputaba espacio para distender su pompa, al mangle y a la guaya. Hierbas exúberas de variadísimos matices extendíanse triunfantes apabullando a las pequeñas, condenadas a morir de ahilamiento bajo sus ramas cargadas de flores y de frutos. Extensión inmensa de cambiantes de esmeralda recubierta doquier de flores rojas, como si hubieran sido fecundadas con el reguero de sangre de que el Territorio se ha nutrido.

Derribar los árboles, arrancar de cuajo la yerba; esa debía ser nuestra tarea.

Había para tiempo; era aquello tan abundante!

Al golpe del hacha y del machete desplomábase el árbol milenario y el ruido de sus ramazones al quebrarse parecía remedar una carcajada amenazadora, cruel...

El sol de las mañanas lloraba compasivo sobre el monte derribado, haciéndole no sé qué misteriosa promesa.

Por eso las ramazones, al caer, simulaban en su trepidar una carcajada, un cucicheo siniestro...

Fueron primero las hojas; cambiaron su verde gala en un tinte negruzco, dejando al descubierto la urdimbre... Hileras de dientecllos que parecían insultarnos.

Después las ramas, los troncos luego.

La tierra enfurecida, al arrojar sobre nosotros el vaho penetrante nos mareaba el cerebro. ¡Insoportable! Engreída de su polieroma exuberancia de ayer, nos azotaba con ira de mujer fecunda herida en el vientre.

Bandadas de moscos nos seguían con tesón; su actitud era franca, sin ambages: "O me matas o me alimentas; también yo vivo."

Cerca de nosotros estaba la Maga Verde.

La conocíamos.

Acurrucada en la charca donde las lluvias la engendraron; entre la podredumbre del follaje muerto... La conocíamos. El frío de nuestros huesos, todo nos denunciaba su presencia.

Por eso decía Samuel con aquella su amarga sonrisa: La siento; se me ha sentado en la mochila y no se irá... Ya verás, no se va.

Triunfaba el monte.

El trepidar de las ramazones al quebrarse contra el suelo, no era ya un cucicheo, era un himno sombrío; himno de venganza.

Tal vez ese himno fuera así:

HIMNO DE LA MAGA VERDE

Soy la malaria.

Pronto vuestra falange tabernaria

bailará y de su balle voy a estar ahíta....

Baila, bestia maldita!

Tirita.... así.... tirita....

¡Soy la malaria!

¡Mosca verde!
 ¡Sus! legión de mosquitos.
 La Buscona Incansable les aguija.... les muer-
 (de....

y su Alteza Gusano dará de sus delitos
 cuenta.... Y así quien sobreviva por su bien
 (lo recuerde....
 ¡Fustiga, mosca verde!

¡Mata! La Naturaleza
 lo hace también, pero jamás tortura;
 el secreto del martirio nada más en tí perdura,
 mala bestia. ¡Hombre al fin! ¡triste criatura!
 Condénanos a muerte, verás con entereza
 caer al bosque. Sólo tu torpeza
 a morir poco a poco nos condena.... Impura
 génesis de tu vil naturaleza.

Mi caricia terebrante
 te ha iniciado en los misterios de mi danza
 macabra que te incita.
 ¡Baila, réprobo! En la alfombra del follaje cre-
 (pitante
 el jadeo veré.... ¡Dulce venganza!
 ¡Taifa precita!
 ¡Baila! Así.... muy bien. ¡Tirita
 y goza mi caricia terebrante!

¡Triunfe la gloria de mi risa flava!
 De vampiros y de moscas y de arácnidos mi en-
 (jambre
 va tras vuestras arterias.... ¡Sus! mesnada
 (brava....
 ¡Paso a la Maga flava!

¡Tirita!
 ¡Tirita, inútil ruego!
 ¡Sabíais o no que el fuego
 es un depurador? ¡Oh, miserables!
 Mi sonrisa maldita
 minará vuestras carnes deleznable....
 ¡Bestia humana, tirita!
 ¡Así.... tirita!

Y murieron uno y ocho y doce y más
 después.

Como habían muerto tantos, no les
 contamos ya ¿para qué?

* * *

Uno de aquellos días, y cuando menos
 en ello se pensaba, nos ordenaron for-
 mar en hora extraordinaria. ¿El motivo?
 Las más encontradas opiniones volaban
 por el campamento.

—Nos van a dar instrucción.

—Van a enseñarnos cómo debe uno de-
 jarse matar de los indios.

Cesaron los comentarios cuando el te-
 niente, jefe del punto, acompañado de
 Natividad y Sóstenes se detuvo frente a
 nosotros y dijo:

—Hay entre ustedes alguno o algunos
 expendedores de "marihuana." Son mu-

chos los cigarros recogidos a la tropa. Váyanse con tiento. Me importa un esto y un lo otro que ustedes la fumen... ¡para nada sirven! Pero si la encuentro, si yo sé quién de ustedes la vende a mis soldados, le arrimo un *paludismo* de padre y muy señor mío.

¡A registrarles!

Empezó Sóstenes por un lado; Natividad por el otro y se hizo un minucioso registro a nuestros itacates; nadie traía una brizna.

Había terminado el registro y continuaba aún Natividad con insolente impertinencia buscando en las ropas de Samuel, en la maleta...

—¿Quieres, rezongó éste, que me vuelva de revés el... para ver si allí la tengo escondida?

—Oye, Natividad, te mandaremos traer un *miscorcopio*.

Nos dispersaron luego, y no volvieron a tratar del asunto.

Un viernes se llegó a nosotros el pobre Ratón, diciendo con aquella su amarga sonrisa:—La traigo en la mochila; hagan

ustedes mi tarea... no puedo, no puedo...

El domingo inmediato, cerca de las once de la mañana, se incorpora de pronto transfigurado; sus ojos chispeaban; temblábanle ligeramente los labios; tenía su pelo aspecto de penacho de pájaro y casi casi le había desaparecido la mochila... "Vengo, nos dijo, no se muevan de aquí."

Salió y fué a apostarse frente al cobertizo techado de "guano" que servía de cuadra a los compañeros, y, como uno de ellos intentara pasar

—¡Alto! le gritó Samuel e hizo con los brazos el ademán de tener un fusil.—¡Si pasas, disparo!

Y fué el desastre: como todos los domingos a esa hora se había bebido más de lo regular, en un momento reuniéronse en tropel soldados, operarios, negros y negras a comentar el suceso.

—¿Qué tiene este tío?

—¿Tú disparas por las uñas?

—No nos fusiles en masa, si no somos huelguistas.

Natividad se encaró con el teniente y le dijo: Está "grifo."

—¡El de la marihuana! Tráiganse un par de varas y arrímenle cincuenta.

Temblé al oír al teniente y corrí a cubrir con mi cuerpo a Samuel; el infeliz no se daba cuenta de lo ocurrido.

Empezó el suplicio.

Reían los más, preguntando a Samuel, como el pueblo ebrio de rencores en otro tiempo a Jesús: ¿Qué sientes?

Y le ponían las manos frente a los ojos, en una forma semejante a una cabecita con astas. "Te cuerna ¡uy! te cuerna."

El desdichado Samuel parecía insensible al dolor; sólo al descargar Natividad sus golpes le temblaban vivamente las carnes.

Al fin pude gritar: Mi teniente, por su madre consagrada: llamen un médico, está enfermo, ¡Tiene la perniciosa!

Nadie me oía.

Dió Samuel un ronquido extraño y cayó.

Quién va por agua; quién por vinagre.

El teniente empezó a pasear de un lado a otro, diciendo a los verdugos: ¡La fregaron! Yo no dije que le dieran tan recio; son ustedes un par de brutos.

Con ayuda de Felipe llevé a Samuel a nuestro cuarto.

Después de media hora abrió los ojos y

me dijo con su sonrisa de siempre: ¡Cuánto me duele el cuerpo!

Le platicamos lo acaecido, bajó los ojos y murmuró:

—Más vale así... ¡mírala!... ya está cerca...; te lo dije!

... ..
Felipe había desaparecido, creí yo que por no resistir la vista del cuadro; fué, según más tarde me lo dijo, porque tuvo una corazonada: había recordado nuestra irrupción al jacal de la China, y el cajoncito escondido violentamente cuando nos vió.

Insistió Felipe; el teniente consintió en acompañarle; y apenas había empezado el cateo en la casa de Natividad, se encontraron cigarros hechos, marihuana en polvo, en rama... ¡Y entonces fué el encaminarse en procesión para desagraviar al pobre Samuel! Era tarde.

Nada había por hacer, bien muerto estaba.

Antes de cerrar para siempre los ojos, me dijo:

—¿Vas a escribir esto? Y como le asegurara que sí, agregó:

—Procurarás ponerlo en tinta negra,

muy negra... Ah! y no dejes de citarlo; me extingo con un deseo, y mi deseo es este: Dolor mío, reúnete al dolor de mis hermanos y sé fuerte. Salva el monte, salva el mar; llega hasta donde el AMO, el gran tirano se halla; acurrúcate junto al áureo sillón y grita, grita fuerte, grita así:

¡Señor y dueño de nuestras vidas...!!

¿Por qué apartas los ojos del madero?

XCALAK. 1903.

NOHBEĆ

PENOSA era la jornada y con todo, apenas si nos dieron tiempo de tomar el rancho, consistente él en unos pocos de frijoles y lentejas que, de antemano y por teléfono, se había ordenado al comandante del destacamento nos preparasen. A guisa de pan, confeccionamos en hojas de lata tortillas de harina a mal tostar.

Silenciosos, mal humorados, engullíamos nuestro alimento, no sin haberlo compartido con la infeliz mujer y su hijo. El muchacho comió poco; ella limitóse a tener el plato entre las manos sin levantar siquiera la vista para darnos las gracias. Lloraba.

Al darse orden de continuar la marcha, se acercó un sargento segundo a